

HUMANISMO Y SOCIALISMO

José Luis Martín Rodríguez
Guadalajara

Si se fija la vista con mirada penetrante sobre el vasto cuadro de la Historia del pensamiento, se descubrirá que está sembrada de frecuentes pinceladas de humanismo. No en vano es el hombre el sujeto que piensa.

Señalan a Protágoras de Abdera, el más notable de los sofistas, como el primer humanista; Protágoras, en efecto, dejó esculpido su humanismo, al mismo tiempo que su indiscutible relativismo, en aquella frase que lo ha hecho célebre: «El hombre es la medida de todas las cosas.» Después de los sofistas, los primeros que sistemáticamente se dedicaron al hombre, abandonando la preocupación fisicista de los filósofos que los precedieron, Sócrates hace del perfeccionamiento humano y del «conócete a tí mismo» el norte de su irreprimitible vocación.

No desdeñaron el tema, aunque lo alternaran con otros estudios, aquellos colosos de la Filosofía que se llamaron Platón y Aristóteles. Pero fueron las escuelas post-aristotélicas, especialmente los Epicúreos y Estoicos, los que otra vez se fijaron en el hombre como tema exclusivo de su atención.

La misma Edad Media, que parece dar la espalda a las criaturas para mirar a Dios con absoluto desprendimiento, no permitiría que se le acusara de falta de humanismo: Surgiría un Agustín de Hipona y argüiría: «¿Acaso no dije yo que sólo quería conocer a Dios y AL ALMA? Y ¿qué es el alma, sino la parte que yo, en mi platonismo, considero el casi 100 por 100 del hombre?» Y esa voz sería seguida como por un eco de la poderosa protesta de Tomás de Aquino y tantos otros que, más o menos directamente, hicieron del hombre el tema de sus elucubraciones.

Contra esa Edad Media, al parecer tan alejada del hombre para acercarse más a Dios, reacciona una época que se ha denominado Renacimiento o «Humanismo» su ingrediente más valioso.

El «carpe diem», con su invitación a vivir el momento y la vida actuales, quiere sustituir a la preparación para la eternidad en que convertía esta vida el teologismo medieval. El hombre vuelve a ser «la medida de todas las cosas». Y así continúa la Historia, ofreciendo ribetes de aprecio al hombre, llámese Romanticismo, Materialismo, Existencialismo, Espiritualismo... Cada uno de ellos tendrá un signo distinto: Será un sentido político, y el triunfo en la vida pública lo que enseñará Protágoras. Sócrates podría denominar su doctrina y su vida «humanismo ético»: siempre hacia la virtud. Platón y Aristóteles se verían clasificados en un «humanismo objetivo». Epicúreos y Estoicos tienden a un bienestar humano, más o menos espiritual. La Edad Media buscará para el hombre la felicidad ultraterrena, tiñendo de Dios todos sus tratados. Un predominio de cultura clásica sería el distintivo de lo que siempre se ha llamado «Humanismo» en la Historia; cultura que haría del hombre el punto central del Universo, para compensarle tal vez de la marginación en que lo sumiera la Edad Media, anulándolo casi por preferencias para con el más allá y las categorías sobrenaturales. La pasión del hombre ocupará el pedestal en el Romanticismo. Feuerbach llevará su materialismo hasta hacer del hombre, por alienación, el creador de Dios. Reacciona el Existencialismo contra la filosofía esencialista de las cosas, para fijar su atención en el existente que es el hombre... Todas las épocas, en una palabra, han tenido su pequeña o grande dedicación al hombre, tomado íntegramente o tomada alguna de sus partes integrantes.

Pero en nuestro mundo ha tomado tal importancia el papel del hom-

bre que todas las ideologías, por dispares que parezcan (o lo sean en la realidad), se aplican a sí mismas la denominación de «humanismo»: humanismo ateo o humanismo creyente; humanismo comunista o humanismo capitalista. Todos miran al hombre, hablan del hombre y trazan planes para el hombre. Uno de ellos, sin embargo, se ha extendido de tal manera por todo el mundo y ataca con tanto ímpetu a las doctrinas contrarias que es digno de especial mención y estudio. Se trata del *humanismo socialista*. En este artículo me gustaría responder satisfactoriamente a esta pregunta: ¿Es el Socialismo un verdadero Humanismo?

Las partes de mi disertación están bien señaladas: Intentaré primero exponer lo que entiendo por un Humanismo integral, partiendo de alguna noción histórica del Humanismo. Veremos luego en qué consiste fundamentalmente el Socialismo, para establecer una comparación que nos lleve hasta la respuesta al problema planteado.

1. **El Humanismo.**—Si estudiáramos aquí el Humanismo en aquel Movimiento literario que se manifestó en el siglo xv en Italia como pionera, nos detendríamos en seis características principales que a continuación enumero: 1.ª Aparición de un orgulloso espíritu de independencia. 2.ª Exaltación de las facultades humanas (razón, sentimiento, instintos). 3.ª Valoración de la vida terrena por encima de la sobrenatural. 4.ª El afán de conocimiento científico. 5.ª La valoración de la naturaleza en la vida y en el arte. 6.ª La influencia decisiva —en todo ello— del concepto clásico del mundo.

Desde el punto de vista filosófico, esta última característica es la determinante del período que se ha llamado «humanista» en la Historia de la Filosofía. El filósofo del Renacimiento, reaccionando contra el mundo conceptual de la Edad Media, que no le gusta ni en lo material ni en lo formal, acude a la antigüedad y bebe en ella sus doctrinas, que vierte en un molde cuidadosamente elaborado, por contraposición al bárbaro latín medieval.

El Concilio de Florencia proporciona la ocasión. Acuden a él hombres de la Iglesia griega que admiran al occidental con el aticismo de su dicción y el classicismo de su contenido. Y en Italia se establecen algunos de esos orientales, al amparo de aquellos «mecenas» del Renacimiento

que vivían en cada príncipe de los pequeños estados que pululaban entre el Adriático y el Tirreno; no fueron sólo los Médicis y los Papas renacentistas los protectores de los sabios contemporáneos suyos.

¿Dónde se inspira la Filosofía de esta época? Tratándose de buscar elegancia, no extrañará que sea Platón el griego preferido: supo expresar las doctrinas más sublimes en los términos de la más exquisita elegancia. Y tuvo como difusores a un Jorge Gemisto Pletón, un Cardenal Besarión y un Juan Pico della Mirándola, apoyados los primeros, como Marsilio Ficino (el más célebre editor de entonces), por la base de la Academia de Florencia y la ayuda material —incondicional y copiosa— de los Médicis. He aquí una primera fuente.

Los últimos siglos del Medievo estaban inspirados en Occidente por Aristóteles, desde que, traducido por Guillermo de Moerbeke, fue avalado por la pluma y las lecciones de Santo Tomás de Aquino. Es natural, pues, que también el filósofo de Estagira sea leído, comentado y defendido en esta corriente de retorno a la Grecia antigua. Y aquí se entabla una lid entre platónicos y aristotélicos, con grandes paladines por ambas partes. Y suena también la voz del neoplatonismo, apoyando a los partidarios del mejor discípulo de Sócrates.

No son únicamente los timbres de Atenas, Estagira o Alejandría los que se escuchan en este «concierto en griego». Resumen también las doctrinas pre-socráticas, mezcladas con el Epicureísmo en filosofía de la naturaleza y con el Estoicismo en Ética. Y, hablando de Estoicismo en estos ecos de la antigüedad, nada tiene de particular que, junto a los estoicos de lengua helénica, se deje oír el canto potente de Séneca, teniendo en cuenta, además, que este «concierto» se interpreta en Italia, y que esta península —entonces como siempre— se siente orgullosa de lo suyo y pretende que sus hijos sean los primeros en todo. Añadamos a estos ingredientes el eclecticismo tirando a escéptico de los académicos representados por Cicerón (máximo exponente, por otra parte, de la prosa latina clásica) y tendremos todos los elementos en el campo filosófico de lo que se llamó filosofía humanista del Renacimiento.

¿Resultado? En lo externo, unos tratados elegantes; en el fondo, una predilección por la Filosofía de la Naturaleza, por oposición al

amor que los medievales tuvieron a la Metafísica. Un antropocentrismo en la concepción del mundo, por oposición al teocentrismo y teologismo consiguiente, que inundó la Edad Media. Y, contra la credulidad anterior, renace un escepticismo que, como réplica del protagórico o del pirrónico, tiene sus más nítidas representaciones en los escritos de Charron y Montaigne.

Si bien estas características van estrechamente enlazadas en lo que pudiéramos llamar un naturalismo integral, se podría señalar como nota destacable en esta concepción paganzante su antropomorfismo radical. El hombre ocupa el centro del Universo, desplazando de él al Dios del Cristianismo. Todo fue por Dios y para Dios antes; ahora, todo es por el hombre y para el hombre.

La vida actual fue sólo una preparación, más o menos larga, más o menos penosa (y cuanto más penosa, más meritoria) para la vida de ultratumba. Ahora se piensa que hay que vivir esta vida. Se llegará en esta interpretación del «carpe diem» muy cerca del «comamos y bebamos, que mañana moriremos», que critica la Iglesia. Hay placeres superiores a los gastronómicos (Epicuro ya los ensalzó y procuró), pero todos serán dignos de beberse en la copa de esta vida. En una pieza hallamos enlazadas las dos concepciones (la medieval y la renacentista) sobre este punto, si analizamos las célebres coplas de Jorge Manrique a la muerte de su padre: Comienza diciéndonos que «estas vidas son los ríos», agua de paso, que se dirige al mar, «que es el morir». No existe quizá canto más inspirado de la fugacidad de la vida y sus grandezas. Pero después exhorta, con no menor inspiración, a conseguir la gloria mundana que se desprende de las hazañas guerreras y a disfrutar de los placeres de una amistad honradamente conseguida.

Para el hombre del Renacimiento, la vida merece disfrutarse. A ello contribuyen los inventos que tienen lugar por entonces, infantiles balbuceos comparados con los de nuestra Era Atómica; pero notables a la sazón. No se olvide la polivalencia del hombre renacentista, retratada en la oferta de pintor, escultor, ingeniero, poeta..., etc., que de sí mismo hace Leonardo da Vinci a Ludovico Moro de Milán.

El hombre, centro del universo, y, como resultado de ello, una libertad a ultranza. Libertad que no reconoce trabas ni de autoridades humanas (y de aquí el cosmopolitismo de sus hombres —doctrina ya

sostenida por los estoicos, que se decuraban «ciudadanos del mundo»—), ni de autoridades eclesiásticas, tanto menos cuanto que los Papas renacentistas se despojaban de la tiara para calarse al yelmo y, consumada una matanza, se desceñían la espada para tomar el báculo. Y su garganta, enronquecida por los alaridos de arena durante la lucha, entonaban tras la victoria el «Te, Deum laudamus», en acción de gracias.

Pero esta libertad lleva consigo ineludiblemente el individualismo. Para que un hombre se sienta libre de ataduras precisa no someterse a ninguna clase de sociedad que de algún modo lo coaccione. Admitirá, a lo sumo, una familia, que, por otra parte, tampoco tiene la suficiente fuerza para retener o impulsar al hombre típicamente renacentista. La familia, si la tiene, ha de seguirle sin la menor objeción y debe acomodarse a sus gustos sin la menor estridencia, o quedarse en su lugar de origen esperando a que un día se le ocurra hacer una visita. Sólo así se explica que los grandes hombres de esta época sean solitarios o se nos presenten como tales, quedando en la sombra su familia, si la tuvieron. Tal es la presencia fulgurante de las colosales individualistas del Humanismo.

En esta libertad se encuentra como elemento indispensable y notorio la libertad de expresión que estos hombres utilizan, sin poner reparo alguno a responder desabridamente al mismo «amo» a quien servían y que les costeaba su vida, cuando él se inmiscuía en sus asuntos. Un Miguel Angel remitirá sin contemplaciones al Santo Padre a sus asuntos espirituales, cuando el Papa lo acusaba de lento en las pinturas de la Capilla Sixtina.

He aquí, en resumen, lo que es el llamado Humanismo: preponderancia de las Humanidades y endiosamiento del hombre como centro del Universo, libre e individual. Para ser un humanismo integral, le falta —en mi modesta opinión— el elemento religioso, tan importante en la antigüedad pagana y que sólo en alguna corriente del humanismo renacentista encontramos. Si en el hombre nos olvidamos del espíritu y de su destino, nadie podrá decir que se considera a todo el hombre y que se piensa en completo humanismo.

2. **El Socialismo.**—¿Y qué es el Socialismo? No fue Platón el primero, pero ya él nos dejó dos obras que podrían considerarse como

exposiciones perfectas del Socialismo: el diálogo «República» y «Las Leyes». El primero es el trasunto fiel de una estatolatría y el segundo es donde la experiencia de su larga vida templó el radical idealismo de su juventud. Esta obra de Platón, anciano («Las leyes»), fue la que sirvió de base a la célebre «Utopía», de Tomás Moro, y a la «La ciudad del Sol», del dominico fray Tomás Campanella, en el siglo xv.

En ésta una diferencia notable entre el Humanismo y el Socialismo. De aquél sólo aparecen leves, aunque numerosas, pinceladas; del Socialismo aparecen mucho antes de la Era Cristiana verdaderas obras sistemáticas. En la República de Platón se expone uno de los comunismos más rabiosos para los gobernantes. Carecen de bienes propios, de familia propia e incluso de esposa propia. «Las Leyes» es obra más morigerada y, como se ha dicho, de ésta bebieron Moro y Campanella.

Después de éstos, podrían verse obras que, de cuando en cuando, aparecen, atacando el sistema de propiedad privada para atribuir al Estado una competencia casi omnimoda en éste y otros terrenos.

Pero vamos a dar un salto de siglos y situarnos en el xix, cuando aquel hombre que nació en Tréveris y rodó por Alemania y Francia hasta arribar en Inglaterra, Carlos Marx, prendió con su Manifiesto Comunista la chispa que incendió al mundo y ha sido la causa de muchas hecatombes sociales, al mismo tiempo que el acicate para que bastantes naciones hayan logrado gigantescos progresos en realidades sociales. Tal vez a este éxito contribuyeron —en su aparente fracaso histórico— algunos doctrinarios de la Revolución Francesa. (El terreno que pisó Marx ya estaba explorado casi un siglo antes.)

Cuando hoy se habla de Socialismo, se entiende por tal el amplio y multicolor abanico que se ha desplegado a partir del Marxismo. Ni vamos a exponer tampoco una a una de estas teorías con las vicisitudes por que han atravesado en las diversas circunstancias de tiempo y latitudes geográficas. Nos conformaremos con examinar en ellas el elemento más íntimamente ligado al factor humano, para ver si le conviene la categoría de «humanismo», como han querido algunos o casi todos sus propugnadores. Porque, aunque todas las teorías filosóficas, sociales y políticas de hoy hacen bandera del humanismo, en ninguna como en el Socialismo se enarbolaba este estandarte y se acusa de antihumanas a las doctrinas contrarias. Es muy difícil exponer con brevedad lo que

Marx llamó «humanismo» en sus doctrinas. Sin embargo, trataré de resumir qué elementos integran los logros que Marx preconiza para los hombres en la aplicación de sus teorías:

- a) La supresión de las clases sociales y de la explotación del hombre por el hombre. La humanidad ya conoció esto, pero en un estado de extrema pobreza.
- b) El carácter cualitativo y aún no reificado de las relaciones interhumana y entre el hombre y la naturaleza.
- c) La organización racional y total de la producción, y el rápido desarrollo de la productividad que aquélla engendra y asegura.
- d) Los valores humanistas, especialmente el universalismo, la igualdad, la libertad individual y, dentro de ésta, la libertad de expresión.

Lo que no está muy de acuerdo con el Humanismo en las teorías de Marx es que la supresión de las clases sociales exija previamente una lucha de clases, una dictadura del proletariado..., conceptos, en una palabra, que, invirtiendo las condiciones de las clases, signifiquen que luego engullirán los proletarios a los capitalistas, quienes ahora, según Marx, se procuran el gran festín a cuenta del proletariado.

Lenin vio claramente que la evolución espontánea del proletariado no desemboca en una clase revolucionaria, sino en una clase de sindicatos y que, dentro de los mismos proletarios, existe hoy una clase que podríamos considerar como una «aristocracia obrera», que, aunque integrados en la sociedad capitalista, son un poderoso fermento de reforma.

Tampoco han visto Marx y sus seguidores «oficiales»; los soviéticos, que el Estado Central es un ogro inhumano que traza planes para un futuro más bien largo, triturando y reificando a los hombres del presente. Por eso, en el sofocado socialismo yugoslavo se alimenta la convicción de que la única base posible para un programa socialista en el mundo contemporáneo no es la centralización, sino la gestión de los trabajadores. El comunismo oficial, por el contrario, sustituye al «amo» capitalista por el amo más extraño y lejano, que es el Estado totalitario.

La alienación, la entrega al trabajador del valor de cambio, quedándose el Estado con la «plusvalía», ha cambiado de beneficiario explorador, pero así está el obrero dejando su vida en el tajo para que otro, aunque sea el Estado, llegue a un incesante engrandecimiento.

Por esto aquéllos que dicen profesar el marxismo «ortodoxo», quieren excluir del pensamiento del maestro esta traducción inhumana. ¿Dónde está aquí la abolición de la explotación del hombre por el hombre, la libertad individual y la libertad de expresión? Nada de esto permite el Estado totalitario. No es esto lo que defendió Marx; para él ha sido siempre el Estado un mecanismo de opresión que la sociedad libre del Socialismo suprimiría, implantando la igualdad con la desaparición de las clases sociales. Predicó Marx una asociación libre de los hombres, no una agrupación coactiva.

Sin embargo, el Socialismo, en la casi totalidad de sus versiones, en sus afanes por conseguir una sociedad opulenta, pretende la emancipación del hombre en relación con otros hombres, olvidando algo capital: el sometimiento del hombre a la máquina y al sistema, que permanece en todas estas sociedades. En este punto ha visto muy claro un hombre que, por ser austero, odió el capitalismo, por lo que se lo considera socialista, pero igualmente abominó del Socialismo opulento. Me refiero a Gandhi.

Alguien lo tachó de primitivismo por su animadversión contra las máquinas. Sus palabras, empero, son (a mi juicio) una sublime lección de humanista: «Me niego —decía— a dejarme encandilar por el aparente triunfo de la maquinaria. No transijo con la maquinaria destructiva. En cambio, doy la bienvenida a las herramientas e instrumentos sencillos y a aquellas máquinas que economizan trabajo individual y alivian el peso de millones de hogares». «Lo que censuro es el delirio por las máquinas, no las máquinas como tales. El «delirio» se refiere a las máquinas que ahorran trabajo. Los hombres continúan «ahorrando trabajo» hasta que miles de obreros quedan sin empleo y son arrojados a las calles para morir de inanición. Quiero economizar tiempo y trabajo, no para una fracción de la humanidad, sino para todos; quiero concentrar la riqueza no en manos de unos pocos, sino en manos de todos. Hoy, las máquinas sólo ayudan a unos pocos a cabalgar sobre las espaldas de millones. El factor impulsor no es el anhelo filantrópico de ahorrar trabajo, sino la codicia. Este es el estado de cosas contra el que lucho con todas mis fuerzas.»

La cita ha sido larga, pero merecía la pena. En muchos otros lugares, Gandhi ataca a la guerra.

He aquí dos terribles azotes de la humanidad que el hombre de hoy no ha sabido, ni siquiera en el Socialismo que se dice humanista: el maquinismo, con un menosprecio aterrador del factor humano, que lleva al desempleo y la miseria, y la guerra, que, con la vida propia y la de los suyos, arranca al hombre sus más preciados bienes.

El bosquejo es muy defectuoso. No se puede alardear de que en esta breve y pobre disertación se haya presentado siquiera la doctrina sustancial del Socialismo. Sin embargo, se han apuntado algunos fallos importantes en relación con su pretendido humanismo. Falta por considerar un aspecto, el religioso, sobre el cual hicimos una simple alusión con referencia al mismo humanismo renacentista. Allí se olvidaba el aspecto religioso, tan de la entraña del período clásico. En el socialismo, no sólo se olvida, sino que se pregona textualmente: «La Religión es el opio del pueblo.»

Sin tener muy en cuenta este importantísimo elemento, no se podrá hablar de un humanismo integral, mucho menos si también se margina la formación intelectual. Se busca el bienestar material y en el elemento material se basa el proceso de la historia. El hombre no es solo materia. Precisamente es el espíritu lo que caracteriza y constituye en la especie humana. Con esto queda dicho que, si se desprecian los valores espirituales, es defectuoso en algo esencial cualquier humanismo, se llame capitalista o socialista.

Sin embargo, sería injusto dejar de reconocer los valores positivos que el Socialismo posee para el bienestar de los humanos: innumerables beneficios que justifican esos sistemas basados en una exageración de la naturaleza social del hombre. Es un triunfo indiscutible haber llevado a la conciencia de la humanidad la idea de que el trabajo del hombre no es una mercancía; que no todos los derechos del trabajador acaban en el salario, algunas veces mísero, que se le entrega semanal o mensualmente.

Si el mundo que mantiene el sistema de propiedad privada sigue subsistiendo y está dando a Marx un «mentís» casi rotundo, se lo debe

al avance en derecho social (Derecho del Trabajo), a la implantación de los Sindicatos, a la cogestión de los obreros, a las pagas de «participación en los beneficios», a la Asistencia Social, Educación y Descanso u Organismos similares...; en una palabra: al fermento que en la sociedad actual han producido los conceptos de «plusvalía» y de «alienación del trabajo», expuestos por Carlos Marx.

Un autor contemporáneo, no sospechoso de marxismo —ni mucho menos— atribuyo el filósofo de Tréveris este gran beneficio para la Humanidad: haber rehabilitado al hombre en la empresa laboral y haber alterado más o menos el signo de la sociedad en estas materias. Tal vez haya servido al mundo actual de potente y saludable despertador para que, en la paz, no se sumerja por completo en la hecatombe a que lo llevan las casi periódicas guerras.

Y aquí está la respuesta al problema planteado: «¿Es el Socialismo un Humanismo?» UN HUMANISMO INTEGRAL, NO. Pero despojado de su escoria hay en él unas bases de humanitarismo que, bien aprovechadas, y añadiéndoles la comprensión de las naciones, un profundo sentido religioso y el destierro de las guerras, nos llevarían a un mundo más humano, más igual, más libre, más próspero. En una palabra, nos llevarían a ese «mundo mejor», con el que todos hemos soñado tantas veces.